

El ejercicio de la caridad

Una familia de comediantes

Cuando naces en una familia de comediantes, tienes la ironía fácil: entre primos bromeamos, caricaturizamos las narices o las peculiaridades de los demás. Esto no impide la amistad, al contrario; en cualquier caso, en este juego, rápidamente pierdes tu susceptibilidad.

Es por lo que, hasta ahora, no me había ofendido por las críticas por las que nuestra comunidad estaba pagando el precio aquí y allá.

Sin embargo, últimamente, he notado que otros grupos de oración, en provincia, eran el objeto de críticas o de juicios apresurados.

Eso me abrió los ojos y sobre todo el corazón: puede que con mis antecedentes haya herido a uno u otro hermano si algunas de mis bromas o chistes fueron tomadas en serio.

Además, para no crear defectos en la construcción de amor, la primera regla que mantuvimos para nuestra vida comunitaria fue no criticarnos, ni siquiera bromeando.

¿Por qué, entonces, no vivir esto también en la gran comunidad que constituye la Renovación?

Hechos inofensivos

A menudo se piensa que lo que uno podría haber dicho a la ligera sobre tal o cual hermano tiene poca importancia. De hecho, es casi siempre a partir de hechos pequeños e inocuos, palabras aparentemente insignificantes, que la crítica crece en una comunidad, se extiende de comunidad en comunidad.

La palabra que dijimos a la ligera llegará amplificada, repetida, distorsionada a la persona en cuestión y podría herirlo profundamente.

Lo que me desagrada ¿es el único criterio de discernimiento?

Puede suceder que participemos, una que otra vez, en una reunión de oración en un grupo diferente al nuestro.

Si llegamos con nuestros prejuicios, nuestras ideas preconcebidas sobre la manera de dirigir la oración, es muy probable que nos decepcionemos, porque la oración no corresponderá exactamente con nuestros hábitos. Encontraremos los cantos muy lentos o rápidos, la alabanza inexistente o muy ruidosa.

¿Aquello que me molesta o desagrada, es realmente el único criterio de discernimiento?

¡Nos tomamos en serio!

¿de dónde viene este espíritu de juicio?

De nuestra tendencia a tomarnos en serio a nosotros mismos. De repente, olvidamos la acción de la gracia, descuidamos el poder del Espíritu Santo. Consideramos eventos y personas según nuestra forma de actuar y pensar...

El Acusador ilumina con su proyector los pequeños detalles que no me gustan. Me iré criticando o acogiendo con satisfacción todas las críticas que se me puedan hacer sobre este grupo. Pero tal vez esa noche Jesús me estaba esperando para llevar la luz a un rincón nunca alcanzado en mi corazón, y yo no lo he escuchado, debido a esos detalles.

Quizás quería revelarme su rostro a través de esta asamblea: y yo no estaba allí porque era demasiado rico en mí mismo, en mi espíritu de juicio:

"Él despidió a los ricos con las manos vacías"

¿Deberíamos abandonar todo espíritu crítico?

La mayoría de las veces es por exageración negativa que pecamos, no por error o mentira. Lo que hemos visto es cierto, pero hemos exagerado un detalle en detrimento de lo esencial.

No olvidemos que la lucidez sin Amor es la mirada del demonio, no la de Jesús.

Como dice el padre Garrigues [cf. Il est Vivant n° 14, la communauté et le combat spirituel], *“podemos ver en ciertos momentos tal o cual sombra al en la mesa. Algunos la ven más que otros, es normal. Pero hace falta verla ‘como si no la viéramos’ según la expresión de san Pablo. Cuando digo ‘como si no la viéramos’, quiere decir sin dejar que el enemigo ate nuestro corazón con la sombra que hemos notado, porque el Acusador está ahí, muy contento de mostrarnos las fallas los unos a los otros. Créanme, yo no pido ceguera, porque hay cobardía en la ceguera. La política del avestruz no es lo que nos pide Jesús.”*

Es un reproche que se dirige seguido a la Renovación: a fuerza de sumergirse en la oración y la alabanza, vendríamos a ya no ver las realidades de todos los días.

Ver con ojos distintos a los de la razón humana

El Espíritu Santo, el Iluminador, conduce a aquellos que se dejan moldear y mover por Él hacia “la Verdad completa” (Jn 16, 13). Él nos enseña a ver con ojos distintos los de la razón humana. Nos da a ver toda la vida que germina en cada uno de nuestros hermanos, en cada una de nuestras comunidades.

“Que ilumine los ojos de nuestro corazón para hacernos ver cuál es la esperanza a la que hemos sido llamados por él, cuál la riqueza de la gloria otorgada por él en herencia a los santos...” (Ef 1, 17-18).

De esta manera, poco a poco, nos gusta mirar a nuestros hermanos, felices de descubrir en ellos la obra de la gracia que cada día es más profunda. Admiramos el poder con el que el Espíritu obra en ellos para transformarlos y renovarlos, y nos maravillamos de la sobreabundancia de gracias que el Señor les da...

Sus debilidades son entonces relativizadas, reencontrando su justo lugar y si siguen ahí, no redirigen más la mirada...

Es verdaderamente al Señor que a quien nosotros vemos poco a poco vivir en nuestros hermanos y expresarse a través de ellos.

Ser conscientes de nuestra miseria

Pero ¿Cómo vivir la benevolencia con respecto a nuestros hermanos si no hemos tomado conciencia a profundidad de nuestra propia miseria y también del perdón de Jesús?

En cierto momento, Jesús nos permite aceptar nuestra miseria, a ya no tenerle miedo, porque nos hace entender que nos ama tal como somos; entonces nos sorprende lo valiosos que somos para el Señor. Su Amor no es ciego, sino que transfigura nuestro pecado: si nuestro corazón nos condena, Dios es más grande que nuestro corazón.

“Porque significas mucho para mí, porque eres valioso y te quiero” (Is 43, 4).

Así, porque sabemos que somos miserables y perdonados, nos volvemos indulgentes con la miseria de los demás: nos volvemos misericordiosos.

¿Cómo, entonces, no permitir que surja en nuestro corazón este canto de acción de gracias, este reconocimiento infinito hacia nuestro Dios que se deleita en realizar tan grandes maravillas a través de nuestra fragilidad?

Y si fuéramos tentados en un momento u otro a jactarnos de ciertos éxitos, la observación obvia de nuestra indignidad y nuestro pecado, inmediatamente nos disuadiría de hacerlo.

“Llevamos este tesoro en vasijas de barro para que veamos claramente que este poder extraordinario es de Dios y no viene de nosotros” (2 Co 4: 7).

Un maravillarse perpetuamente renovado

Esta sobreabundancia de amor nos llena de alegría y acción de gracias porque nos abre el corazón, nos hace sentir la acción de rebote de la gracia en nosotros mismos y en nuestros hermanos. Sin este maravillarse perpetuamente renovado, no hay vida real en el Espíritu.

El Señor nos vuelve “neumáticos” para que nos dejemos mover, guiar y desviar por Él por los nuevos caminos que nos prepara y no podemos seguirlos si tenemos nuestro corazón endurecido por la crítica y nuestros ojos fijos en todo lo que no funciona a nuestro alrededor. *“Las personas siempre miran lo que colapsa, pero cuando miramos lo que crece es extraordinario.”*¹

1 Cf testimonio del P. Xavier Lefebvre

Emulación de amor

Este júbilo interior, cada vez más real en la medida en que habita profundamente en nosotros, borra de nuestro corazón todo rastro del miedo o los celos, elimina cualquier deseo de compararnos con los demás.

Cuando el amor de Cristo nos presiona, nos permite dar testimonio de las maravillas que obra el Señor entre nuestros hermanos y hermanas. En el Espíritu Santo, la competencia desaparece: se convierte en estímulo y emulación en el amor.

Y puesto que Dios tiene total confianza en nosotros, en nosotros que somos tan débiles, ¿por qué no a nuestra vez tener la misma confianza en nuestros hermanos?

El tiempo que solíamos dedicar a la crítica y a las palabras en vano, desde hoy, deberíamos pasarlo orando por nuestros hermanos y suplicando al Señor que complete en ellos su trabajo de conversión. Y ¿cómo no escuchar nuestra oración hecha con fe y amor, Él que hace maravillas de conversión de las que todos somos testigos cada día?

Alegrarse de las gracias que los otros reciben.

De este modo ya no somos tentados, como los apóstoles antes de la Pasión, a querer saber “¿cuál de ellos es el mayor?” (LC 22, 24), qué comunidad tiene la preferencia de Dios.

Al contrario, con cada uno de ellos nos regocijamos en las gracias que el Señor les da, en lo que Él realiza en ellos y por ellos. Esta alegría irradia a nuestro alrededor, se vuelve comunicativa. Es un alivio reconocer que cada comunidad, cada “pastor” es bendecido por el Señor de una manera particular en su propia vocación.

Unidad en la diversidad

Si nos abrimos ampliamente a las gracias que el Señor da a otras comunidades, estas gracias se reflejan en nosotros y nos enriquecen de la misma manera. La diversidad de dones fortalece la unidad del cuerpo.

Esto lo pudimos experimentar durante el gran encuentro de Pentecostés el año pasado en Lyon: cada una de nuestras comunidades recibió del Señor esta gracia de respetar y amar a otras comunidades como eran, según su llamada específica, según su propia vocación. Por lo tanto, la unidad se volvió más profunda y real entre nosotros; porque en el Espíritu Santo las diferencias se transforman en riquezas, la diversidad en complementariedad.

Los que este año han tenido la oportunidad de asistir a reuniones regionales, han descubierto, con nueva agudeza, cómo es el mismo Espíritu que obra en todas partes, actuando con poder, pero de manera muy diversa según los temperamentos, las sensibilidades espirituales y fisonomía de cada grupo de oración.

Conocemos nuestros límites.

Conocemos nuestros límites y sabemos no serán curados de la noche a la mañana nuestros malos hábitos de criticar, que nosotros, que no seremos capaces de ponerle un freno a nuestra lengua y de vivir plenamente esta actitud de bondad en cada uno, también entre comunidades.

Sin embargo, si realmente deseamos pasar de la teoría a la práctica, de la intención a la acción, ¿por qué no comprometernos los unos con los otros a no criticarnos más?

Comprometernos a no criticar más.

He aquí, a modo de ejemplo, una lista de puntos concretos en los que todo el mundo puede inspirarse:

- no criticar a un hermano ni a una comunidad, ni siquiera en broma

- cuando algo anda mal en mi comunidad:

1. me considero responsable y rezo por que mejore
2. no hablar con personas a las que pueda molestar innecesariamente, sin resolver el problema de fondo
3. orar para saber con quién hablar, cuándo hablar y qué es bueno decir.

- Si una y otra vez me dejo llevar de nuevo por la crítica, escribirles a los hermanos de quien o quienes se trata, o a la comunidad para pedir perdón, esté o no la parte interesada, al tanto de esta crítica.

Todos los que deseamos hacer este compromiso, podríamos hacerlo después de una novena preparatoria, para pedir al Espíritu purificador que cambie nuestro corazón, que cambie nuestra mirada sobre nuestros hermanos.

“Perdónense unos a otros si tienen alguna diferencia entre ustedes. Como el señor te ha perdonado, tú también, perdona. Pero sobre todo esto, tengan la caridad, que es el vínculo de la perfección. Que la paz de Cristo, a la que han sido llamados para formar un solo cuerpo, reine en sus corazones.» (Col 3, 13-15)

Tiene gourmat
y sus hermanos y hermanas

www.pierregoursat.com